

ESTUDIOS

CAPITÁN DOMINGO LÓPEZ MATUTE: AVENTURAS DE UN LLANERO GUARIQUEÑO DE LA INDEPENDENCIA EN LAS LUCHAS CIVILES ARGENTINAS

POR LUCAS GUILLERMO CASTILLO LARA*

Dentro de los episodios históricos del tiempo independentista relacionados con Guardatinajas, surge la figura aventurera del *Capitán Domingo López (o Lope) (de) Matute*. Es un personaje de leyenda, nativo de Guárico, según lo afirma una general tradición y lo confirman diversos autores, Vicente Dávila y J. A. de Armas Chitty entre otros. Así lo testifica también el general argentino Gregorio Araoz de la Madrid, quien lo conoció en Tucumán y tuvo tormentosas relaciones con él.¹

El Prof. De Armas Chitty, lamentablemente desaparecido en reciente fecha, parece inclinarse a ubicarlo en Guardatinajas, aunque sin darle mayor certeza a su afirmación. Por nuestra parte creemos, con mayor firmeza, que ciertamente su población de origen fue Guardatinajas. Por las afirmaciones de sus contemporáneos que lo conocieron, como el entonces coronel Francisco Burdett O'Connor, se sabe que López Matute era "un indio pequeño, picado de viruela que le había atacado en la campaña".²

En la matrícula de habitantes de Guardatinajas, hecha en esa población en 1791 con ocasión de los trámites para su erección en parroquia, aparecía el indio Joseph Francisco Matute. Era el Alcalde 2º de los indígenas, tenía 25 años, estaba casado con Ubalda cuyo apellido no se menciona, y tenía dos hijos: María Ascensión de 3 años y Josef de 2.³ Es probable que en el seno de esta familia de indios naciese el Domingo de nuestra historia, que, aun cuando en su apellido antepone el López o Lope, todo el mundo lo conocía sólo por Matute. Por otra parte, ese apellido López también se encuentra en Guardatinajas en esa época; ejemplo de ello es el connotado "Indio José López", que menciona en su célebre *Memorial* Don Julián Llamozas como uno de los insignes patriotas que se distinguieron a las órdenes de Páez en las filas republicanas.⁴

No se sabe cuándo ni dónde López Matute ingresó en las filas republicanas, aunque es de suponer que fue en su propia región y en los años álgidos de la guerra a muerte.

* Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Sillón Letra "D".

¹ *Memorias del Gral. Gregorio Araoz de la Madrid*. Madrid. Editorial América S.A. pp. 331 y 332 y nota. Citado por el Prof. J.A.de Armas Chitty en su *Historia del Guárico*. San Juan de los Morros 1978. Tomo II pp. 39 y 61.

Recuerdos. Independencia Americana. Biblioteca Ayacucho. Madrid. Sociedad Española de Librería p. 233.

Archivo Arquidiocesano de Caracas. Sección Parroquias. Guardatinajas.

Boletín de la Academia Nacional de la Historia N° 7, p. 579.

Aupado en el vaivén de la ardiente lucha que en la región guariqueña tuvo lugar, se va curtiendo en el arte llanero de la guerra, del manejo de la acerada lanza y de la carga frenética a caballo estrujando distancias en la llanura.

Participa en muchos encuentros y combates librados en Venezuela y paulatinamente asciende de simple soldado a la escala de la Oficialidad. En la gloriosa batalla de las "Queseras del Medio" figura entre los vencedores Domingo López con el grado de subteniente. Es posible que fuese el López Matute de nuestra historia.⁵ López Matute forma parte luego de los escuadrones llaneros de las tropas venezolanas destinadas a liberar el Sur de Nueva Granada, Ecuador y Perú. En el célebre cuerpo de "Granaderos de la Guardia" y bajo el comando superior de Sucre y del Libertador, toma parte en las grandes batallas de Bomboná, Pichincha, Junín y Ayacucho, que le dan la libertad a esas tierras. Así alcanza López Matute el grado de Capitán graduado.

En las tropas auxiliares de Colombia (Venezuela, Nueva Granada y Ecuador), pasa luego el escuadrón de llaneros venezolanos de Matute a las provincias del Alto Perú, a las órdenes del Gran Mariscal de Ayacucho. Allí contribuyen a la liberación de esa región, que se erige en Estado independiente bajo el nombre de Bolivia. Ese Escuadrón de Matute permanece luego en Bolivia adscrito a la División Auxiliar de Colombia, que comandaba el general José María Córdoba, en el regimiento del coronel Felipe Braun, estacionado en Cochabamba.

Cumplida la épica lucha independentista, las tropas debieron acomodarse a la inacción cuartelaria. Esos rudos militares, acostumbrados al vivac del campamento y a la continua acción guerrera, se sintieron incómodos en la inactividad y quietud de las rutinas de la paz. Para llenar el vacío de la acción sólo les quedaban a esos batalladores guerreros el juego, las mujeres, las rencillas y pleitos personales, y el mal consejero del ocio infecundo que los impulsaba a la crítica y la desobediencia. Pero había algo más que inquietaba a muchos de esos soldados venezolanos y era el deseo de volver a su patria, a su gente y a su tierra, a disfrutar del elogio por sus triunfos y del descanso por sus fatigas. Deseo que se les volvía más acuciante desde esa lejana tierra al pensar en el abandono de los suyos, en la necesidad de rehacer sus vidas con ellos en la época de paz.

A ello se sumaban otros motivos de descontento en el caso de López Matute y los demás llaneros venezolanos. El clima frío de las alturas andinas, que no les era propicio, y añoraban los calientes vahos de las tropicales llanuras venezolanas. La alimentación que allí recibían a base de quinua, papa, carne de llama, todo tan distinto de su habitual gastronomía de carne de ganado, casabe, topocho y arepa. Junto a estos motivos generales se acumulaban los resentimientos, odios y envidias personales, que se volvían habituales en ese conglomerado humano recluido en la estrecha convivencia de un cuartel. Todo ello generaba un descontento creciente en parte de las tropas y oficiales subalternos, con quebrantamiento de la disciplina castrense.

Así las cosas, en los meses finales de 1826 hubo movimientos en los cuadros militares de los diversos cuerpos acantonados en Bolivia. Se premiaba con ascensos los pasados comportamientos y se llenaban las vacantes. Los escuadrones de caballería de granaderos, en uno de los cuales militaba Matute, estaban compuestos principalmente de llaneros venezolanos y se encontraban acantonados en Cochabamba. Comandaba el Re-

Autobiografía del General José Antonio Páez. Caracas 1973. p. 167.

gimimiento el coronel Felipe Braun y la División Auxiliar el general José María Córdoba, que residía entre Chuquisaca y la Paz. El capitán López Matute esperaba ser ascendido, por sus indudables méritos guerreros adquiridos en el constante batallar y por su antigüedad en el servicio, pero su comportamiento indisciplinado lo había hecho reo de amonestaciones, una de las cuales acababa de recibir en Lima. Quizá por esa causa, al llegar el manuscrito de la promoción, López Matute no fue tomado en cuenta y quedó con su mismo rango, y en cambio fue ascendido en su mismo escuadrón el teniente Francisco Segovia.

Esta postergación causó una viva contrariedad a Matute, quien lleno, de enojo, se dio a propalar entre la tropa que todo era debido a que Segovia era blanco y él era de color. Solo se prefería a los blancos y godos, y a los indios y negros y mestizos se les despreciaba y pretería, pues no los querían sino para derramar la sangre. Vociferaba contra los jefes, Sucre entre ellos, a los cuales llamaba los "vitalicios". Recordaba a los soldados el deseo de volver a la patria lejana, y reprochaba la maldad de los jefes que no los dejaban regresar. Esta prédica subterránea tuvo éxito entre los granaderos venezolanos, que anhelaban volver a su tierra. Bajo el mando del Cap. Matute, quien les prometía llevarlos a Venezuela embarcándose en Buenos Aires, en la noche del 14 de noviembre de 1826 desertaban 173 granaderos, la mayoría venezolanos. Desde Cochabamba, en donde estaban radicados, Matute los condujo rumbo a la provincia argentina de Salta.

Antes de partir, Matute se despidió de sus compañeros de armas en un enrevesado manifiesto: "Compañeros de mi destino: los insultos que a cada paso he recibido son los motivos que me hacen separar de la dulce compañía de Uds., conque me hallo cubierto... me he puesto a inculcar el desenlace de mi suerte en esta carrera y no he podido hallarlo porque un hombre, no hay duda, que está obligado a solicitar la felicidad de su individuo, y un ciudadano que pelea por ser libre, tiene la esperanza de disfrutar con el tiempo las tareas de su trabajo, y hasta ahora no he visto una sola cosa a mi favor".

Arremete luego contra la Constituciones de Perú y Bolivia, que establecen un Presidente vitalicio. Ese mando vitalicio era escandaloso a los corazones de unos hombres que habían abandonado su patria por ser libres. Aunque eran ajenos a esas repúblicas, "los sentimientos filantrópicos con que deben estar cubiertos los liberales les debe adolecer la suerte que a sus semejantes les corra, pues, por la que tienen ahora no se les presenta más que una ruina total, y aproximar a nosotros lo mismo".

Habían venido de Colombia no para ser odiados de los pueblos sino para ser amigos. Pero los pueblos los odiaban porque se figuraban que ellos sostenían la ambición. El despotismo y la ambición reinaban. Los jefes se hacían los desentendidos a las peticiones de los subalternos, sin acordarse que estos hombres los elevaban a lo más alto de la milicia. Se hacían sordos a los clamores de las familias que los llamaban a la patria para poder subsistir con el trabajo de ellos. "Es crueldad; yo he hecho lo que todo ciudadano está obligado a hacer por la felicidad de su patria, que es desterrar la guerra de mi suelo, y haberla alejado; ¿Por qué es que tratan de conservar tropas de Colombia? ¿Por qué no nos mandan para nuestro suelo?"⁶

Al tener noticias de esa defección de Matute y los granaderos, el Mariscal Sucre ordenó la persecución de los desertores. En carta del 27 de noviembre de 1826 al Li-

⁶ Vicente Lecuna. *Documentos referentes a la creación de Bolivia*. Tercera Edición 1995. Tomo II. pp. 287-288. Este manifiesto fue publicado en la *Gaceta de Colombia*, 288.

bertador, que andaba ya entrando a Venezuela a apagar los fuegos separatistas, Sucre le daba cuenta del suceso de Matute en Cochabamba. Aún no habían sido arrestados los granaderos fugitivos, que habían salido a la pampa de Orure y se tiraron al despoblado. Habían dicho que se iban a presentar al Gral. Arenales que mandaba en la provincia Argentina de Salta. Matute les había ofrecido que irían a Buenos Aires, y que de allí el que quisiera podría tomar servicio y el que no se iría a Venezuela.

Sucre se refería luego a la torpeza y aun desidia con la cual habían actuado los jefes de Matute en ese asunto. Primeramente, el haber dejado salir de Cochabamba ese cuerpo de caballería sublevado, teniendo allí tropas de infantería que podían contenerlos fácilmente. Luego el coronel Braun salió en su persecución con dos compañías de infantería, y en el estrecho de Tarata los alcanzó, trató de conducirlos de regreso y, ante su negativa, se opuso a dispararles por no matar a sus queridos soldados; y luego de seguirlos un trecho hizo la segunda gracia y se regresó a Cochabamba. Braun, apuntaba Sucre, se había portado torpemente y hasta daba sospechas de que había tolerado la insurrección. Se le sindicaba, además, de haber permitido tolerancias a los granaderos que habían relajado la disciplina, y de problemas con las pagas de los sueldos.

Sucre había mandado también al Gral. Córdoba, jefe de la División, que se situara en Oruro, por donde Matute iba a pasar, y sin saber por qué se marchó a Cochabamba. Había alertado también al coronel Galindo y al Gral. O'Connor, que estaban en la frontera, y esperaba noticias, aunque no tenía mayores esperanzas de detener a los fugitivos.

Se iba a escribir al Gral. Arenales a Salta y el Ministro de Guerra de Buenos Aires, para que aplicasen el derecho internacional y devolviese a los insurrectos si llegaban allá.⁷

En nota a los Gobernadores de Salta, Tucumán, La Rioja y otras provincias argentinas fronteras a Bolivia, el jefe del Estado Mayor del Ejército Auxiliar de Colombia en Bolivia les daba noticias de lo sucedido y les pedía su colaboración. A este respecto decía que un grupo de los escuadrones de granaderos de Colombia, que estaban en Cochabamba, habían hecho allí un alboroto el 14 de ese mes de noviembre por la noche, acaudillados por el capitán graduado Domingo Matute. Este Oficial se aprovechó de estar de guardia en la prevención, los sacó a la pampa y allí les dijo que había llegado a Colombia una expedición española; que el Libertador mandaba, en consecuencia, a buscar el regimiento; que el general Sucre no los dejaba marchar porque estaba vendiendo los soldados al Perú y a Bolivia, y otras mil especies. Con esto logró alarmar y seducir a un grupo de soldados, a cuyo frente se marchó a toda prisa hacia Oruro en dirección a Salta. Los jefes del Cuerpo fueron torpes en sofocar el motín y mucho más en su persecución. El oficial revoltoso, después de haber comprometido a los soldados a desertar les dijo, que no tenía otro modo de salvarlos sino llevándolos a Buenos Aires, por donde se embarcarían a su patria. No es de creerse ni aun imaginarse la protección del Gobierno de Buenos Aires que dicho oficial rebelde había anunciado a la tropa, porque esto, o su abrigo, sería una hostilidad a Colombia.⁸

Se dictó también un decreto para castigar la rebelión y motín que habían hecho, el 14 de noviembre en la noche, el oficial caudillo y soldados de los escuadrones segundo y tercero de los Granaderos de la Guardia. Para lavar esa mancha de infamia, el dicho oficial y soldados serían fusilados en cualquier parte que se aprehendieran. Con la fuerza

⁷ Ibídem, pp. 288-291.

⁸ Ibídem, pp. 291-292.

que permaneció fiel a sus deberes y a la subordinación se formaría un solo escuadrón, que conservaría el nombre de Granaderos. Se declaraba al coronel del regimiento y a los oficiales en servicios en Cochabamba suspensos de sus empleos y se les tendría presos en el fuerte de Oruro hasta terminar su causa, la cual se remitiría al gobierno de la República para ser juzgados. Entre tanto, como tenían una mancha que los infamaba, no podían alternar con los oficiales del ejército libertador, hasta justificarse.⁹

El entonces coronel Franaso Burdett O'Connor, que estaba en Tarija, provincia norteña argentina que se había unido a Bolivia, había recibido aviso del presidente Sucre para que tratase de detener a Matute y sus llaneros que iban en dirección a Salta. El coronel Braun, el Gral. Córdoba y el Gral. León Galindo, Comandante de Potosí, habían salido en persecución de los evadidos, sin resultados. Su única esperanza, decía Sucre, la cifraba en O'Connor, por su actividad y el conocimiento que tenía del territorio vecino de la Argentina.

Se le dio la orden de salir de Tarija e ir a Tupiza, y de dividir los 200 hombres del batallón Bogotá en grupos de 25 hombres cada uno, y que ocuparan todas las avenidas de Chichas a la Argentina para detener a los sublevados. Debían fusilar a todos los que fuesen apresados, pero se procuraría tomar vivo a Matute y remitírselo a Sucre en Chuquisaca para tomarle declaración, porque este oficial acababa de regresar de Lima y se sospechaba que de allá podría haber traído algún plan de defección.

En otra carta de Sucre a O'Connor, del 22 de noviembre de 1826, le daba noticias sobre las acciones que había ordenado para detener a los facciosos. Así mismo le sugería algunas tácticas que debía emplear en sus operaciones, como dividir sus fuerzas en partidas de 25 para la persecución y montar a caballo grupos de infantería y usar a los indios de espías. Todo lo cual usó O'Connor, mas no le resultó, como veremos adelante. Agregaba Sucre: "Aunque el capitán graduado Matute sedujo a algunos soldados, con la idea de que los hacía llevar a Colombia, donde el Libertador, sé ya indudablemente que el objeto de este malvado es ver cómo se pasa a Salta después que se ha visto perdido." Finalmente le ordenaba: "Todos los amotinados que Ud. aprehenda, sin distinción alguna y en cualquier número que sean, los hará fusilar en Tupiza a presencia de la tropa... Los que Ud. aprenda son los que debemos juzgar como culpables de traidores, además de sediciosos y amotinados; porque en el hecho han justificado la revolución de abandonar sus banderas y pasarse a otro país. Así, no tendrá Ud. la menor indulgencia con ninguno absolutamente."¹⁰

O'Connor cumplió las órdenes recibidas y, después de haber aviado a unos indios con buena provisión de carne y de coca, los envió a rastrear a los fugitivos. Él se dirigió hacia el pueblo de El Rosario y desde allí despachó al baquiano Fermín Torres en busca de noticias. En la madrugada del 6 de diciembre de 1826 se le presentó Torres y le avisó que desde Zapelero traía a la vista a Matute con 176 granaderos que venían sobre el Rosario. Hubo en la entrada del pueblo un primer encuentro y Matute se retiró. O'Connor los siguió con su pequeño grupo de soldados y al llegar a una planicie encontró al grueso de los granaderos. En forma temeraria desafió en duelo personal a Matute, quien en vez de aceptar, lo hizo perseguir con dos granaderos y se salvó por la velocidad de su caballo.

Poco más adelante se topó con un oficial de los granaderos fugitivos nombrado Manuel Torres, al que le dijo que quería verse con Matute. Torres lo disuadió, porque lo

⁹ Ibídem, pp. 293-294.

¹⁰ F. Burdett O'Connor. *Memorias sobre la Independencia Americana*. Biblioteca Ayacucho. Madrid. Sociedad Española de Librería. pp. 230-232.

haría lancear en el acto de verle, pues Matute sabía que de caer en manos de O'Connor no se le daría cuartel. Al día siguiente pudo O'Connor regresar al pueblo de El Rosario y lo encontró saqueado por los granaderos, que ya se había internado en territorio argentino. O'Connor se dirigió luego a Tupiza y desde allí escribió al Gral. Arenales, Gobernador y Capitán General de Salta, avisándole la desertión del escuadrón de Matute. Le pedía paso por el territorio de su mando para ir a buscarlos a esa ciudad y conducirlos a su bandera, previniéndole que esos hombres sublevados no le servirían de utilidad.¹¹

En esos mismos días el Presidente Sucre escribía al Gral. Santa Cruz, que estaba al frente de la República del Perú, y entre otras cosas le refería: que aún no podía darle noticias de los granaderos amotinados. "Se habían tirado tanto hacia la cordillera y despoblado que todavía no sé si O'Connor ha podido salirles al encuentro, él marchó con tropas de Tupiza a buen tiempo. Sin embargo, ese país es tan abierto que temo que pasen muchos. A reserva he hecho que Geraldino, como Jefe del Estado Mayor de las tropas colombianas en Bolivia, pase una circular con el aviso del suceso a Salta, Tucumán, Córdoba, Catamarca, Santiago y La Rioja, tomando por pretexto los daños que van causando". Y concluye diciéndoles que "la conducta que en este caso observen los gobiernos argentinos indicará lo que en cualquier caso toque a las tropas colombianas en Bolivia".¹²

Días más tarde Sucre volvía a informar al Gral. Santa Cruz que todavía no había un resultado final de los granaderos sublevados. O'Connor, confiado en detenerlos solo había llevado una pequeña partida de El Rosario a Atamaca, que Matute se la dispersó. Había pedido un piquete que había en la Rinconada esperando contenerlos, pero no se sabía el resultado. Sucre consideraba que ya habían pasado y que los habían recibido en Salta. Ese comportamiento de los argentinos daba pie para cobrárselo en otra forma.¹³

Igual noticia daba Sucre al Libertador, y le decía que había hecho que el Gral. Córdoba, como Jefe de la División Auxiliar colombiana, pasara una reclamación al Gral. Arenales por la acogida que había dado a Matute. La situación interna de Argentina era confusa y en las provincias interiores reinaba siempre el desorden. En los papeles públicos llegados de Buenos Aires había muchos ataques furiosos contra el Libertador, que él había mandado a contestar. "¡Qué canallas son los tales porteños!", exclamaba Sucre. Informaba también que el Gral. Córdoba, Jefe de las fuerzas auxiliares de Colombia, era mal querido de los Oficiales, aunque él creía que por capricho de éstos y no por nada esencial. De todos modos era mal querido. Pedía se le mandara a Salom, que era excelente para confiarle un ejército, en caso que hubiese necesidad de entenderse con soldados en los negocios con los argentinos.¹⁴

A las notas oficiales del Gral. Córdoba y del Jefe del Estado Mayor, Geraldino, el Gral. Arenales contestaba diplomáticamente que había dado cuenta al Gobierno Central de Buenos Aires y esperaba órdenes. En cambio al coronel O'Connor le respondió Arenales: "que él no podía desprenderse de esa hermosa tropa, y que la necesitaba para reforzar el regimiento de Caballería número 34 de la línea".¹⁵ En verdad el capitán Matute con su escuadrón de llaneros se presentó en Salta en 19 de diciembre y allí fue bien acogido. El Gral. Arenales, Gobernador de esa provincia, los recibió con todo calor y los incorporó a un regimiento de caballería de línea, para que le ayudaran a defenderse de los enemigos que lo acosaban.

¹¹ *Ibidem*, pp. 214-225.

¹² Lecuna. *Ob. cit.* p. 297. Chuquisaca 4 diciembre 1826.

¹³ Lecuna. *Ob. cit.* p. 297. Chuquisaca 19 diciembre 1826.

¹⁴ Lecuna. *Ob. cit.* p. 297. Chuquisaca 27 diciembre 1827.

¹⁵ F. Burdett O'Connor. *Ob. cit.* P. 225.

HOJA DE SUSCRIPCIÓN
AL
BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Nombre del suscriptor:

Dirección completa:

Teléfono:

PRECIOS:

Suscripción anual para 1997 (cuatro números):

Venezuela: 18.000,00 bolívares (cuota de envío incluida)

Exterior: 50.00 \$ (cuota de envío incluida)

La forma de pago será mediante cheque emitido a nombre de la Academia Nacional de la Historia o depósito en nuestra Cuenta Corriente en el Banco Unión, número 006-31470-8. Se ruega consignar la suscripción y el pago en nuestras oficinas o a través de nuestro Fax antes del 31 de mayo de 1997.

Palacio de las Academias, Avenida Universidad, Bolsa a San Francisco, Telefax: N° 482.67.20
- Teléfono: 83.94.35 - Caracas 1010 - Venezuela

Ya en Salta, López Matute y sus llaneros se encontraron como en su propia tierra, salían de las escarpadas montañas, de los grises y nieblas, del fasó y el saroche que les encogía los cuerpos y las almas, y entraban a los pastos verdes, a los árboles rumorosos, a la llanura abierta e ilimitada. La pampa se les confundía con su llano, y los gauchos con su peculiar estilo fraternizaban con ellos en costumbres y pensamientos. Los unían los mismos anhelos libertarios, el rechazo de toda coyunda, de toda norma que constriñera su libertad o su personal conveniencia al querer campar por sus respetos con altivez y energía, su estoico valor para la guerra y el sufrimiento, su entrega apasionada al placer y a la música. El coplero Florentino se aunaba al payador Fierro. Sin embargo, en materia guerrera los llaneros venezolanos sobrepasaban a los gauchos. Venían de un continuo combatir, de una lucha esforzada y terrible. Aquí en las pampas argentinas aplicarán los mismos métodos guerreros que habían aprendido en los llanos venezolanos, las cargas trepidantes, la sorpresa del “vuelvan caras”, el juego frenético de la afilada lanza ensartando enemigos. Y luego el “galerón” y el “cuatro” coreaban las épicas hazañas: “A la lanza del llanero/ Le echó Dios la bendición/ Diciéndole mata godó, viva la revolución/ Pa’no entuertarse la lanza/ Al godó en retirá/ Hay que lancearlo en la nalga/ Que no tiene que quebrá”.¹⁶

Las lisonjeras esperanzas que el Gral. Arenales se había formado con López Matute y su contingente de llaneros rápidamente se le vinieron al suelo. Instalados en Salta comenzaron los problemas, por el desenfreno al que se habían acostumbrado. La ayuda que esperaba de esa aguerrida fuerza pronto se le convirtió en preocupaciones. Para evitar crecientes dificultades con la población, el Gral. Arenales dispuso enviar a Matute y sus granaderos a Tucumán para auxiliar al Gral. Gregorio Araoz de la Madrid. Este General, por orden el Gobierno Central, había abierto campaña contra las montoneras de Quiroga, Bustos e Ibarra que amenazaban la organización política existente.

En el camino a Tucumán, Matute encontró en Pozo Verde a Don Manuel Puch Don Francisco Gorriti y otros que con sus fuerzas iban contra el Gral. Arenales. Después de un fructuosa conferencia, llegaron a un compromiso, para que le prestara ayuda a ellos y se pusiera a su lado contra Arenales. No se conocen los términos de esa negociación, pero debieron ser atractivos para esos llaneros convertidos en condotieros mercenarios.

A partir de ese momento, Matute y sus camaradas de aventuras se metieron de lleno en la política borrascosa que azotaba esas provincias argentinas. Después de combinarse Matute con Puch y los Gorriti, los revolucionarios avanzaron sobre Salta y pusieron sitio a esa histórica ciudad. Así lo noticiaba el presidente Sucre al coronel O’Connor: “Ya sabía Ud. la noticia de que Matute marchaba para el Tucumán con los granaderos, y en el tránsito se reunió con don Francisco Gorriti y otros, y ha contramarchado para Salta para deponer al general Arenales. Las cartas de Salta y Jujuy, que he visto, dicen que Gorriti tiene seiscientos hombres armados, pero que, sin embargo, se daban un poco de tiempo. Las cartas muestran tristes esperanzas en lo general. Si este suceso puede lisonjear el sentimiento de la venganza, es, sin embargo, muy desagradable por el mal que produce desacreditándonos en el exterior. El gobierno argentino bien merece este daño por su conducta injusta. Es probable que el incendio de los desertores se prenda en todos estos países y que no puedan organizarse en mucho tiempo”.¹⁷

En otra carta de esos mismos días del presidente Sucre para el Gral. Santa Cruz, le decía: “verá Ud. en el ‘Cóndor’, número sesenta y dos, en el artículo exterior, la ocurrencia de los granaderos de Colombia cambiándose contra Arenales: es suceso muy curioso; y más curioso cuando en notas oficiales le hice decir que con recibirlos, él iba a aumentar

¹⁶ Lino Duarte Level. *Historia Patria*, 4ª. edición. Cromotip 1995. p. 407.

¹⁷ F. Burdet O’Connor. Ob. cit. p. 228. Chuquisaca 7 de febrero 1827.

más fuego al incendio de esas provincias. Los venidos después del correo dicen que toda la gente de la campaña, bajo el apoyo de los granaderos, se habían reunido con Gorriti y Puche contra Arenales. Eso es todo un barullo; y confieso a Ud. que tiemblo de semejante vecindad, porque nada es más contagioso que la anarquía".¹⁸

Por el camino del Sur venía en auxilio de Salta y del Gral. Arenales una fuerza al mando del coronel Bedoya, compuesta casi en su totalidad por tucumanos. Al saberlo Matute y los revolucionarios que sitiaban a Salta se dirigieron contra Bedoya, que se había hecho fuerte en el pueblo de Chicoana, a 12 leguas de distancia. Se habían atrincherado dentro de la población en un corral de palo a pique, defendido por una pieza de *artillería en cada esquina. El 7 de febrero de 1827, Matute y sus llaneros los acometieron* con la fiera acostumbrada, y no obstante la resistencia de los defensores fueron sucesivamente exterminados. Cayó el Jefe Bedoya y su segundo Magan, y así mismo rindió la vida el resto de la tropa, salvándose apenas dos soldados de la terrible hecatombe, uno sano y otro herido.¹⁹

Con la derrota de las fuerzas partidarias de Arenales, éste se refugió en Bolivia y allá moría en Moraya, el 4 de diciembre de 1831. Puch y los Gorriti forman un nuevo gobierno en Salta, pero hay un período de revuelta y anarquía y se cometen excesos en la población. Parte de los granaderos, encabezados por un tal Perea, se querían regresar a Bolivia y Matute quiso fusilarlos, pero el resto de la tropa se opuso. Para contentar a los soldados Matute les dio toda clase de licencias, y el nuevo Gobierno de Salta solicitó auxilios de Bolivia.

En carta del Mariscal Sucre al coronel O'Connor, le refería: "Aún no ha llegado aquí el Gral. Arenales; pero sí ayer el señor Sevilla, que viene de parte del nuevo Gobierno, implorando auxilios para desarmar y contener a los granaderos. Estos han querido hacer una revolución, a cuya cabeza estaba Perea (uno de los granaderos desertores) con doce soldados, y cuyo objeto era venirse. Los de Salta estaban en la mayor angustia, porque Matute da a los soldados toda clase de licencias. Aún estoy vacilante de lo que haré; pero, reservadamente, le indicaré que estoy medio resuelto a que con tal que nos entreguen a Matute y los granaderos, vaya Ud. con doscientos hombres de caballería y trescientos valtíferos a recibirlos. Esta operación necesitará mucha cautela y llegar de sorpresa hasta el mismo Salta. Para resolverme a tal expedición, necesito que Gorriti dé todas las seguridades de que la gente de la provincia proteja la tropa".²⁰

En otra carta de Sucre al Gral. Santa Cruz, de esa misma fecha, le informaba sobre esos acontecimientos: "Ayer me ha llegado un comisionado que viene en nombre del nuevo gobierno de Salta a pedirme auxilios para contener a los granaderos, pues entre ellos ha habido una revolución; porque unos querían volverse para acá y con otros los contuvo Matute. Éste, para contentarlos, permite todos los excesos. A la cabeza de los que querían venirse estaba un tal Perea. Matute quiso fusilarlo y la tropa se resistió de mano armada. En fin, dice el comisionado (que es Sevilla) que, si yo no mando auxilios para poner aquello en orden, Salta sufrirá saqueo y toda clase de desgracias. Aún yo no he tomado ningún partido, porque el asunto es delicado. Pero espero la llegada del General Arenales aquí, para ver lo que se haga por ese infeliz pueblo. Esta lección no debe perderse de vista."²¹

¹⁸ Lecuna. Ob. cit. p. 415.

¹⁹ Francisco Centeno. Buenos Aires 1929. Tomo I y II. F. Burdett O'Connor. Ob. cit. p. 233.

²⁰ F. Burdett O'Connor. Ob. cit. p. 229. La Paz, 25 de marzo de 1827.

²¹ Lecuna. Ob. cit. p. 431.

Contribuyó a calmar las cosas en Salta el regalo que le hizo la Junta de Gobierno a Matute de la hacienda del Gral. Arenales, a más de otros obsequios que les dieron a los granaderos para agradecer su colaboración. El Gobierno de Puch y los Gorriti aprovechó entonces la ocasión y, ante un nuevo pedido formulado por el gobernador general Gregorio de la Madrid, le enviaron a Matute y sus compañeros a Tucumán. Allí en su nuevo destino y a las órdenes del gobernador La Madrid, Matute y sus granaderos se mezclaron en las borrascosas luchas civiles que allí tenían lugar. Una de sus acciones fue contra Ibarra, a quien derrotaron en su propia guarida.

Poco después las fuerzas rebeldes de Facundo Quiroga avanzaron sobre Tucumán, y a su encuentro salió el general La Madrid con sus tropas, reforzadas por Matute y los granaderos. En el sitio de El Rincón se trabó el combate, y triunfó Quiroga ayudado por el cambio decisivo de Matute en el ardor de la lucha.

El coronel F. Burdett O'Connor describía en sus memorias, con mayores detalles, ese episodio: "En una ocasión, el general Gregorio de la Madrid se aprovechó del auxilio de Matute y los granaderos, contra el faccioso Quiroga, que venía sobre Tucumán, adonde La Madrid se hallaba de Gobernador. El choque era de caballería. La Madrid tomó el mando del ala izquierda contra la derecha de Quiroga y dio a Matute el mando del ala derecha. Quiroga rechazó el ala que mandaba La Madrid, y Matute derrotó el ala izquierda; pero estando en el acto de lancear a los derrotados, gritaron éstos que se habían dejado engañar, que ellos eran la verdadera Patria y los otros eran godos. Oyendo esto Matute, volvió sobre las fuerzas de La Madrid y las dispersó de tal modo, que La Madrid continuó su fuga hasta Chuquisaca, en donde, comiendo un día en la mesa del Gran Mariscal, dijo: "Ah, mi general, si me diera unos doscientos hombres como esos que llevó Matute, yo le daría cuenta de toda la Confederación Argentina!"²²

De estos sucesos también daba cuenta el Mariscal Sucre al Libertador: "El estado interior de ese país (Argentina) es lamentable. Las últimas cartas de Salta dicen que La Madrid ha sido derrotado por los de Córdoba, y que a éstos se pasó Matute con los granaderos. Arenales me ha pedido tropas para ir a restablecer el orden y las leyes, y le he contestado que, precediendo una negociación con su gobierno, en que se estipulen tratados de amistad y alianza entre las dos repúblicas, Bolivia cumplirá las condiciones a que se comprometa, que siempre será por el orden y las leyes."²³

De regreso a Salta, Matute se enamoró ciegamente de la Srta. Luisa Ibazeta, que le correspondía tiernamente a sus amores. El capitán venezolano solicitó formalmente la mano de su novia para contraer nupcias, pero el padre de la joven, un comerciante español, se opuso rotundamente al matrimonio de su hija con un hombre de color. Matute no se arredró ante esa negativa, y aprovechando la celebración de un baile sacó a su novia de la fiesta y se presentaron ante un cura que les echó apresuradamente las bendiciones de la Iglesia. Consumado el matrimonio, la familia Ibazeta debió aceptar, aunque le pesara, al nuevo hogar. Por un corto tiempo los nuevos esposos disfrutaron de su apasionada felicidad, más a poco todo se trastornaba por la inquieta vehemencia de Matute.

En vez de aquietarse en el seno de su hogar y de disfrutar de un merecido descanso después de tantas fatigas guerreras, Matute se deja llevar de su ánimo inquieto y comienza a conspirar contra Gorriti y Puch. Escribe cartas a algunos oficiales y a otros los incita verbalmente a pronunciarse contra los nuevos amos del gobierno, pero su suerte había cambiado. Algunos de esos documentos comprometedores cayeron en manos de los gobernantes de turno y se inició una investigación.

²² Lecuna. Ob. cit. p. 233.

²³ Chuchisaca, 3 julio 1827. Lecuna. Ob. cit. p. 445.

Al verse descubierto, Matute se dirigió al Cabildo para sincerarse con el gobernador, pero al salir a la calle fue hecho preso y le remacharon un barra de grillo a los pies. Fue sometido a un Consejo de Guerra que le condenó a muerte. Como el asunto se veía como una cuestión política antes que militar, Matute no quería persuadirse de que iba a ser ejecutado. Pero los odios que se había concitado en sus actuaciones en Salta, llevaron a darle vigencia a la sentencia de muerte, no obstante las defensas de Matute y los ruegos dolorosos de su mujer, que estaba encinta.

La víspera del día en que iba a ser fusilado, Matute pidió oír misa, la cual celebró en la prisión el Padre Guardián del Convento de San Francisco. Luego de consagrar las especies el sacerdote, Matute se apoderó bruscamente del cáliz amenazando derramar la sangre de Cristo si no se le perdonaba la vida. Ante aquel sacrilegio el asustado sacerdote suspendió la misa y la nueva se regó por toda la ciudad, que se alborotó agolpándose a las puertas de la prisión. Hubo rápidas consultas a otros sacerdotes sobre aquel raro caso, y opinaron que no se le perdonara la vida al reo. El canónigo Juan Ignacio de Gorriti, arcediano de esa Catedral, fue tajante en su dictamen: "Fúsilenlo con el cáliz".²⁴ Con base en ese consejo se dispuso allí mismo en la ejecución del reo. Convencido Matute de que no tenía salvación, entregó el cáliz.

Al día siguiente, 14 de setiembre de 1827, se procedió al fusilamiento del reo, el cual debía verificarse inicialmente en la Plaza Mayor. Sin embargo, en consideración a su joven esposa, que estaba en-cinta, se dispuso realizar la ejecución en las afueras de la población, "en la Chacra de la Costa, al extremo Sur de las colinas de Medeiros". Matute rendía allí su vida al pie de un frondoso sauce llorón, que por muchos años mantuvo en su viejo tronco el recuerdo de la sangrienta tradición. Por cierto que cuando se le fue a dar cristiana sepultura a Matute hubo que cortarle los pies, porque los grillos los tenía tan estrechamente remachados que no hubo manera de desprendérselos.²⁵

Cuando acaeció la insurrección inicial de Matute en Cochabamba, Sucre se había quejado al Libertador de que las Gacetas de Bogotá aplaudían ese hecho. Y en comunicación del Secretariado de Relaciones Exteriores de Bolivia al de Colombia, acerca del motín de Matute y los granaderos en Cochabamba y de Bustamante en Lima, le hacía presente: "Cuán caros le son al de Bolivia los soldados que han combatido por darle independencia y libertad.... Es sensible, por lo mismo, tener que anunciarle que acaso la disciplinay el entusiasmo nacional desfallecerán en ésta después que aplaudidos en los papeles oficiales de Colombia la perfidia de Matute y la insurrección de Bustamante, se observa algo aflojada la obediencia militar".²⁶

Eran esos los tiempos en que mandaba Santander en Bogotá y en que actuaba desde la sombra para destruir la gloria del Libertador. Ahora las cosas habían cambiado, y la Gaceta de Colombia N° 330 daba la noticia de la ejecución de Matute enfocándola en forma aleccionadora. Decía el suelto periodístico tomado de "El Mosquito", N° 4, de Bolivia: "El capitán Matute que sublevó los granaderos auxiliares en Cochabamba el 14 de noviembre pasado, fue fusilado en una quinta de Salta (de la República Argentina) el 14 de setiembre último, a los diez meses cabales de su primer atentado. Un faccioso siempre es un faccioso, y nunca su causa será la del pueblo. Matute en diez meses ha corrido por entre crímenes que lo han llevado al cadalso. Si de un lado sentimos la fatal suerte de un soldado del ejército libertador, de otro vemos una oportuna lección que contendrá a los tumultuarios y los desengañará que en todas partes las leyes y la justicia persiguen al malvado. Nos es penoso que altos personajes de respetables estados ameri-

²⁴ Manuel Urriza. *Pampa y Llano*. Buenos Aires 1995. p. 55.

²⁵ Francisco Centeno. Ob. cit. Este autor da como Fecha del fusilamiento de Matute el 17 de setiembre. La "Gaceta de Colombia No 330, reproducida por Lecuna en su obra citada, da como fecha de la ejecución el 14 de setiembre.

²⁶ Lecuna. Ob. cit. p. 450.

canos hayan aplaudido directa o indirectamente la traición de Matute, y es tanto más doloroso, cuando que se han antepuesto las pasiones a los intereses mismos de la patria.”

“No es el presidente ni los vitalicios de Bolivia los que han ejecutado un enemigo de los `vitalicios`, víctima acaso del torbellino de las pasiones. El gobernador de Salta, colocado en su puesto por este mismo Matute, es el que lo ha fusilado, y asistió personalmente a la ejecución. Creemos que ella es justa, pero las fórmulas han sido halladas; y lo han sido en un país donde no sólo el jefe del gobierno es *electivo, responsivo* (Sic: responsable), *alternativo*, sino también lo son los gobernadores de provincia. Sin embargo, de allí donde se proclaman principios de una exagerada democracia, nos vienen (y especialmente en tiempos de las elecciones de magistrados supremos) tan tremendas noticias de asesinatos, impuestos, prisiones y tropelías, que nos quedamos sin saber para qué sirven esos *electivos, responsivos y alternativos*, sino para engañar a los pueblos y hacer ilusoria una responsabilidad que jamás se toma. En Bolivia, gracias a Dios, no hay el ejemplo de que los `vitalicios` hayan una sola vez ultrajado las leyes. Sólo el Congreso designa las contribuciones: el Poder Judicial tiene una completa independencia, y no hay la más leve queja de abuso de autoridad.”²⁷

La situación estable de Bolivia que ahí se describía pronto estallaba a pedazos. En abril del siguiente año de 1828, un motín cuartelario en Chuquisaca hería a Sucre en un brazo, y con él a la causa bolivariana. Lo seguía la artera invasión peruana a Bolivia y un menguado tratado, con el extrañamiento de Sucre de la patria que había creado. La obra bolivariana se derrumbaba y el odio y la malquerencia bullían contra los libertadores venezolanos. Santander y su partido granadino intrigaban contra el Libertador; Guayaquil se revolvía y Venezuela, acicateada por Páez, clamaba por su separación de la Nueva Granada.

Con toda clarividencia el Libertador escribía a Sucre desde Caracas, un año antes de los sucesos de Chuquisaca: “Si fuese a Ud. posible mantener su puesto con la gloria que esperáramos de nuestros esfuerzos, salve a Ud. a Bolivia; y si esto no es posible, véngase Ud. a Venezuela a contribuir a la salud del país que nos ha dado la vida. Yo en caso de Ud. no me detendría en el Sur, *porque a la larga tendremos el defecto de ser venezolanos*, así como hemos sido colombianos en el Perú, y también merece alguna atención lo que el deber nos impone. Si aquí no podemos hacer nada por el bien común, *el mundo es grande y nosotros tan pequeños que cabremos en cualquier parte*. Venga Ud. a correr mi suerte, querido general; todo nos ha unido, no nos separe, pues, la fortuna; *la amistad es preferible a la gloria*.”²⁸

Allá en Salta, junto al recuerdo del sauce rumoroso que inclinaba su verde ramazón sobre la mansa acequia del molino, la tradición salteña conserva la memoria de un llanero venezolano y guariqueño: Domingo López de Matute. De un hombre lleno de inquietudes y problemas, de dudas y solicitudes, cuestionable y equívoco en sus procedimientos. Pero un hombre que traía a cuestras un caudal de méritos heroicos en la lucha por la independencia. De un hombre que recorrió en hazañas libertadoras todo un continente, en pos de las banderas de libertad que enarbolaba Venezuela en manos de Bolívar, cabeza de América. Allá en el norte de Argentina dio demostración constante de su valor, de su aguerrido temple guerrero para alancear y destruir en cargas fulminantes las huestes enemigas. También dio pruebas allí de su carácter veleidoso, de sus errores y ambiciones, que lo impulsaron por caminos de negación. Fallas que surgían, antes que del propio corazón, de lo profundo de unos olvidos ancestrales en que se debatió su raza indígena preterida.

²⁷ Lecuna. Ob. cit. pp. 456-457.

²⁸ *Cartas del Libertador*. Segunda Edición. Caracas 1967. Tomo V, p. 485. (subrayados del autor)